

AC 08 56

Saludos, bienvenidos a este tiempo de radio educativa y cultural que la UNED propone a los alumnos del curso de acceso directo, el CAT. Este es un espacio que elabora las distintas asignaturas que componen el curso de acceso y que realiza el Centro de Medios Audiovisuales de la UNED. Emitimos a través de Radio Nacional de España, en la 1359 de Onda Media, y en Radio 3, frecuencia modulada en Madrid, Barcelona y la Comunidad Canaria.

Si deseáis hacernos llegar cualquier duda o sugerencia, os recuerdo nuestro teléfono, es el 398 60 84, con el prefijo 91 de Madrid, y si preferís escribirnos, la dirección es la siguiente, curso de acceso, Departamento de Radio, UNED, Ciudad Universitaria, 28040 de Madrid. En el programa de esta noche, introducción a la historia del mundo contemporáneo. Nuestro compañero Arturo Manuel Fernández nos comentará el periodo de descolonización con la creación de países independientes de sus antiguas metrópolis, así como de lo que llamamos tercer mundo y países subdesarrollados, y os dejamos ya en su compañía.

Nos ocupamos hoy de descolonización, tercer mundo y subdesarrollo. El proceso de descolonización abarca exactamente 30 años, desde 1945 a 1975. Por la descolonización, los países que estuvieron sometidos al régimen colonial consiguieron su independencia política, aunque no económica.

Económicamente siguieron dependiendo muchos de ellos de las metrópolis europeas que los colonizaron y del comercio internacional, situación que ha sido conocida como neocolonialismo y que ha obedecido al atraso económico y subdesarrollo de la mayoría de esos países. De ese modo, las grandes compañías de las potencias colonizadoras y, en nuestros días, las empresas multinacionales han podido seguir extrayendo beneficios sin los gastos y riesgos que entrañaba la dominación política, aunque, cuando era preciso, se acudía de nuevo a una dominación política encubierta bajo la apariencia de un gobierno local o nacional. Tras el Congreso de Berlín de 1885, en que las potencias europeas se reparten África, hasta prácticamente después de la Segunda Guerra Mundial, la existencia de países colonizadores y de países colonizados se interpretaba como un hecho natural.

El movimiento anticolonialista nació de la contradicción que suponía predicar la existencia de derechos fundamentales a escala mundial, algo propio de la civilización europea, y negar esos mismos derechos a los pueblos colonizados. Los líderes del anticolonialismo fueron indígenas que estudiaron en las universidades de las metrópolis o incluso sirvieron en sus ejércitos, asimilando los principios de soberanía e independencia nacionales. Son los que introdujeron la conciencia de que en sus respectivos países existía una situación de dependencia colonial.

Los principales países colonizadores han sido Gran Bretaña, Bélgica, Holanda, Portugal, Alemania, Italia e incluso España. La Segunda Guerra Mundial sirvió para enfrentar a las potencias europeas entre sí y el resquebrajamiento de su poder las hizo aparecer ante los países colonizados como no omnipotentes, naciendo en estos países colonizados un fuerte

sentimiento nacionalista. La Segunda Guerra Mundial alteraría las relaciones de poder entre países colonizadores y países colonizados.

Un ejemplo es la conquista japonesa de Manchuria, que puso en entredicho las colonias europeas del sudeste asiático. La coyuntura bélica fue aprovechada por la India para emanciparse de Gran Bretaña y para que los países africanos, reunidos en el Congreso Panafricano de Manchester de 1945, concluyeran literalmente lo siguiente Exigimos para África Negra la autonomía y la independencia, que resumía perfectamente la nueva ideología anticolonial. También es muy importante la firma de la Carta de San Francisco que dio nacimiento a la Organización de Naciones Unidas, pues de los 51 países que firmaron la carta, 27 eran antiguas colonias.

En conclusión, la Segunda Guerra Mundial finalizó dejando como herencia un fuerte sentimiento anticolonialista, tanto en el continente asiático como en el continente africano, en contra de las potencias europeas. En una primera fase, en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el proceso de descolonización afectó a las colonias británicas, francesas y holandesas del sur de Asia, culminando esta primera fase en la famosa Conferencia Afroasiática de Jefes de Estado y de Gobierno y de líderes de movimientos independentistas de Bandung, en Indonesia, en 1955. Estas fueron las conclusiones de la Conferencia de Bandung.

La Conferencia Afroasiática, después de haber discutido los problemas de los pueblos dependientes del colonialismo y los males que de ellos derivan, se ha encontrado de acuerdo, primero, en declarar que el colonialismo en todas sus manifestaciones es un mal al que hay que poner fin rápidamente. Segundo, en afirmar que la sujeción de los pueblos al yugo extranjero, la dominación y la explotación que constituyen la negación de los derechos fundamentales del hombre, están en contradicción con la Carta de las Naciones Unidas y son un obstáculo para el desarrollo de la paz y de la cooperación mundial. Tercero, en declarar su apoyo a la causa de la libertad y la independencia de todos los pueblos dependientes.

Y por último, cuarto, en llamar a todas las potencias interesadas a fin de que concedan libertad e independencia a estos pueblos. Los países cuya potencia colonizadora había sido Gran Bretaña tuvieron un proceso de descolonización menos sangriento que los países cuya potencia colonizadora había sido Francia o Bélgica. La causa obedeció a la inteligente política exterior británica que, mediante el sistema que creó de la Commonwealth, integró en él a todas sus antiguas colonias, sin llegar a rupturas definitivas, especialmente en el plano económico.

Francia, sin embargo, tuvo problemas bélicos en todas sus colonias, tanto en el proceso de la independencia del Vietnam, que estaba sometido a Francia, como en Argelia. En general, el proceso descolonizador del sudeste asiático, con la excepción del Vietnam, fue pacífico, quedando prácticamente finalizado en el momento en que se celebró la conferencia de Bandung de 1955. En el sudeste asiático, la independencia fue una conquista de cada pueblo en concreto, con la excepción de Filipinas y Ceilán, en donde Estados Unidos y Gran Bretaña, respectivamente, se adelantaron en concederla.

En Vietnam, Birmania y Malasia, la independencia vino dirigida por frentes de liberación nacional, que durante la Segunda Guerra Mundial se habían creado para enfrentarse a la ocupación japonesa de todo el sudeste asiático. En otros casos, se trató de partidos nacionalistas que, antes de la guerra, ya habían animado el movimiento de independencia, como el Partido del Congreso o la Liga Musulmana en la India, o el Partido Nacionalista en Indonesia. En una segunda fase del proceso de descolonización, damos un salto desde el continente asiático al continente africano, pues afecta especialmente al norte de África.

Se inició en 1951 con la independencia de Libia y la revolución que en Egipto dirigió Nasser, y acabó en 1962 con la independencia de Argelia. Argelia, considerada provincia francesa, necesitó una guerra de ocho años, de 1954 a 1962, para obtener su independencia. El pueblo argelino, el gobierno francés y los colonos blancos en Argelia, la mayoría de origen francés, que representaban un millón de personas frente a los ocho millones de musulmanes, fueron los tres protagonistas de la contienda.

El pueblo argelino, dirigido por el Frente de Liberación Nacional, reclamaba la independencia, y el frente organizó desde 1954 una serie de acciones armadas y diplomáticas para conseguirla. Imitando a Inglaterra, el gobierno francés de la Cuarta República, que es el sistema político que en esos momentos rige en Francia, es partidario en un principio de la integración de los argelinos en un sistema político internacional, la Unión Francesa, de los países francófonos. A la vez que reprimía duramente el independentismo, al que acusaba de terrorismo.

Las luchas en Argelia debilitaron tanto a la Cuarta República que en 1958 cayó, dándose paso a la Quinta República, presidida por de Gaulle, que más tolerante concedió la autodeterminación en los acuerdos d'Evian. Pero los colonos blancos fueron los más intransigentes, dado que perderían sus propiedades y negocios, oponiéndose a las dos posibles soluciones que se habían discutido sobre el conflicto, la plena integración en el sistema internacional francés primero, y la autodeterminación después. Contando con el apoyo de ciertos sectores militares, en 1961 estos colonos intentaron un golpe de Estado que fracasó, por lo que después pasarían a la acción terrorista en la OAS.

Pero, finalmente, en 1962, en julio, Argelia consiguió su independencia, constituyéndose como una república, cuyo primer presidente fue Bembela, y el segundo, Auri Boumediene, coronel que depuso al anterior. El balance de la década de los 50 en el norte de África es entonces, primero, la independencia de Libia, que estaba sometida a Italia, y la independencia de Egipto, sometido a Inglaterra, y luego, la independencia de Argelia, sometida a Francia. La tercera fase del movimiento descolonizador se produjo en los años 60 y afectó a la África negra subsahariana.

En varios de estos países nacieron los movimientos independentistas, siendo en Rodesia y en la República Sudafricana donde los enfrentamientos mostraron una mayor virulencia, dado que adquirieron matices raciales, como ocurrió en Sudáfrica, por existir una minoría blanca con un enorme poder político y económico que, en un problema que llega hasta nuestros días, se ha

aislado en una política del apartheid. En Rodesia, actualmente Zimbabue, el sistema de dominación político-económica de la minoría blanca que representaba el régimen de Ian Smith, en oposición a la mayoría negra independentista, cayó con menos traumas de los que ha venido significando la situación sudafricana. Último botón de muestra de esta tercera fase que en los años 60 afectó a la África negra es la independencia de Guinea frente a España en 1969, momento en que Macías subió al poder.

Hay que tener en cuenta que en 1960, momento en que se inició esta fase, 17 países de la África negra proclamaban su independencia. En la década de los años 70 hay coletazos de las dos fases anteriores, o sea, de la segunda fase que afecta a los países del norte de África de los años 50 y de la tercera fase que afecta a los países de la África negra en los años 60. Recordemos que la primera fase, previa a los años 50, había afectado al continente asiático.

Y en los años 70 hay coletazos de las fases segunda y tercera porque al producirse en 1974 en Portugal la Revolución de los Claveles, que acabó con la dictadura salazarista para pasarse a un sistema democrático, constituyó un momento en el que aprovecharon para emanciparse sus colonias africanas, Mozambique, Angola, Guinea Bissau y Cabo Verde. Y un año después, en 1975, España abandonaba el Sáhara, en cumplimiento de los acuerdos de la ONU para que el pueblo saharaui decidiera sobre su autodeterminación. Momento que es aprovechado por Mauritania y Marruecos para expansionarse territorialmente sobre el ex Sáhara español y que ha dejado en herencia un fuerte conflicto local.

Sin duda fue en 1960, con la proclamación de la independencia de 17 países de la África Negra, cuando el proceso descolonizador llegó a su auge. Desde esos momentos, la composición de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas sufre un cambio radical, puesto que la mayoría de los estados miembro son desde entonces pueblos que habían alcanzado muy recientemente su independencia. Es decir, se produce un proceso democratizador en la ONU en cuanto que muchos de los nuevos países habían sido antiguas colonias.

Hoy en día, se puede decir que la era del colonialismo ha terminado. Apenas unas cuantas islas y algún pequeño territorio se mantienen como reliquias de lo que fueron los inmensos imperios europeos de antaño. Pero la independencia política no supuso el fin de los graves problemas que venían afectando a los pueblos sometidos.

Se ha podido llegar a una independencia política formal, pero no económica, y por eso hablábamos al principio de neocolonialismo en algunos casos, para definir la persistencia de una excesiva influencia extranjera en la vida económica, apoyada en muchas ocasiones en presiones políticas o militares. Los nuevos estados, surgidos de la descolonización, forman, junto con muchos otros estados que ya desde antiguo eran independientes, como China o los países latinoamericanos, lo que se ha venido en denominar el Tercer Mundo. El origen de esta expresión está en la voluntad de algunos de ellos de constituir, después de la Segunda Guerra Mundial, una tercera fuerza no alineada, ni con el bloque norteamericano, ni con el bloque soviético.

Sin embargo, la no alineación ha distado de ser la actitud común de todos los países africanos y asiáticos, y menos de los latinoamericanos, muchos de los cuales, con la excepción de Cuba, siempre han girado de uno u otro modo, incluso en contra de su voluntad, dentro de la órbita norteamericana. Aunque los fuertes cambios que experimenta el sistema de las relaciones internacionales en el crepúsculo del siglo XX, hacen aparecer a la expresión Tercer Mundo como un poco anticuada, lo cierto es que se ha utilizado con frecuencia esta expresión para referirse no ya sólo a los países independientes o nuevos que anteriormente fueron colonias, sino incluso a los que, aun siendo independientes desde antes, o desde siglos antes, de la Segunda Guerra Mundial, coincidían con los anteriores en poseer un elemento económico común que era el del subdesarrollo, o más concretamente, el problema del hambre, de la pobreza y del atraso económico material. La expresión Países Subdesarrollados surgió hacia 1950 al tomarse conciencia del problema que representaba el que la renta per cápita media de los países asiáticos, africanos y latinoamericanos equivaliera sólo a la novena parte de la de los países desarrollados de Europa y Norteamérica.

Considerándose un término peyorativo, en los últimos años ha preferido hablarse de países en vías de desarrollo al entenderse que no pueden estar encadenados a un permanente subdesarrollo. Pero, naturalmente, eso presupone muchos juicios de valor. Por ejemplo, que Europa y Norteamérica o Japón son naciones desarrolladas.

Y sobre el concepto de país desarrollado habría mucho que decir porque las dificultades de la vida cotidiana en las grandes concentraciones industriales de los países avanzados constituyen una salvaje tortura de sociedades mecánicas que no se padece en los países llamados subdesarrollados. Sí es cierto que hay mayor abundancia de bienes materiales y mayores posibilidades de ocio, sanidad y educación, pero a cambio de muchos otros inconvenientes. También es verdad que en esos países que se han bautizado como los del Tercer Mundo hay en ellos brutales desigualdades sociales.

Habiendo sufrido sangrientas dictaduras y gozado de pocas instituciones democráticas estables, con guerras civiles por motivos sociopolíticos y con enemistades entre grupos étnicos y religiosos. Pero esta situación deriva en parte del hecho de que la democracia y la libertad, lo mismo que el desarrollo económico material, dependen del aprendizaje y de hábitos culturales. Hábitos que parece todavía no han sido suficientemente asimilados por muchos de estos países, o que no se les ha dejado asimilar.

Con lo que la auténtica revolución todavía pendiente sigue siendo la de la educación y la cultura modernizadoras y plenamente libres y neutrales. Y por supuesto, como problema material fundamental, el de la miseria y el hambre, pues hay muchos países que todavía siguen padeciendo esa terrible lacra. La expresión Tercer Mundo, que cada vez posee un menor significado, en cuanto a algo antagónico a los otros dos mundos, cuando en esos otros dos mundos hay todavía amplias zonas que perfectamente podrían encuadrarse en eso que llamamos Tercer Mundo, todavía aparece con cierta frecuencia en diarios, revistas y publicaciones económicas y políticas.

Esta expresión nació por la aspiración de no alineación de la conferencia de Bandún, de no alineación con el bloque capitalista ni con el bloque socialista, que venían siendo capitaneados por Estados Unidos y la URSS, respectivamente. El concepto de subdesarrollo aplicado a estos países es confuso en cuanto que es un concepto relativo que necesita ser comparado con el de desarrollo, y es difícil hoy en día realmente definir qué se entiende por país desarrollado, salvo en el aspecto puramente material. Sin embargo, sí hay un conjunto de características comunes entre todos estos países.

En primer lugar, predomina una economía agraria, campesina o rural, con un sector primario generalmente estancado, en el que se siguen sistemas de producción agraria que se tachan de anticuados. En África, por ejemplo, el 70% de la población vive en el campo, frente a la población activa agraria de Estados Unidos, que es del 8%. En algunos de estos países se vive de una agricultura de subsistencia incapaz de alimentar a la población total, y en los que todavía los años de sequía o de malas cosechas constituyen una auténtica catástrofe evaluable en términos de costes de vidas humanas.

El sector secundario, industria y construcción, y el sector terciario, servicios, como los servicios educativos, sanitarios, recreativos o financieros, presentan un tamaño mucho menor que el del sector primario. Desde un punto de vista socioeconómico, hay en estos países un fuerte desequilibrio en la distribución de la riqueza y de las rentas entre las diversas capas sociales. Puede haber una minoritaria burguesía de millonarios frente a la gran masa de la población que se mueve en condiciones de vida paupérrimas, pasando hambre y padeciendo la miseria.

Hay graves problemas sociales en los sectores más miserables, que sufren una penosa situación sanitaria, una elevada tasa de mortalidad, especialmente infantil, es decir, dentro del primer año de vida, carencia de viviendas dignas, desempleo permanente o empleo con muy bajos salarios, falta de escolarización y elevada tasa de analfabetismo. Así, si en Norteamérica o Europa, el analfabetismo no supera el 2% o ni siquiera el 1%, en América Latina todavía es superior al 20%, en Asia superior al 40% y en África superior al 70%. La renta per cápita de naciones como los Estados Unidos, los países nórdicos o Alemania, es unas 50 veces mayor que la de las naciones más pobres como Mali, Etiopía, Guinea, India o Birmania.

Es cierto que en países como Kuwait, la renta per cápita es casi doble de la sueca, la venezolana es casi como la española, o la de Arabia Saudita supera a la de muchos países europeos. Sin embargo, estos países no han sido considerados desarrollados porque este superior nivel económico no alcanza a buena parte de la población y porque, más que de los confusos conceptos de desarrollo o de subdesarrollo, de lo que debe hablarse es de la calidad de la vida. El Overseas Development Council de Washington elabora un índice de calidad física de la vida que utiliza entre otros indicadores la esperanza de vida media, la mortalidad infantil y el grado de alfabetización.

Y en este sentido, tal índice, que en el caso de los países europeos arroja cifras superiores a 90, da un valor de 28 a Arabia Saudita, curiosamente inferior al de la India, 44 a Libia, 74 a Kuwait y

79 a Venezuela. En muchos aspectos, las economías de estos países son dependientes de las economías de los países más adelantados, siendo cada día más alta la interdependencia entre las diversas áreas económicas del mundo. En muchos aspectos también, en el comercio internacional se ha dado un intercambio desigual por el que la relación de intercambio de sus exportaciones con respecto a sus importaciones ha ido en contra de sus intereses, es decir, proporcionalmente, cada vez tenían que pagar más por las importaciones realizadas que a lo que eran pagadas sus exportaciones.

Muchas de estas naciones han tenido que acudir a la financiación internacional para poder impulsar su propio desarrollo económico material, ocasionándose graves problemas de deuda externa o de endeudamiento en sus balanzas de pagos, al no poder hacer frente luego a los créditos concedidos. Por tener como exclusiva fuente de ingresos la venta internacional de unos productos de escasa demanda, calidad deficiente o cada vez peor pagados. Esta situación dificulta extraordinariamente sus importaciones de tecnología con que poder abordar su escaso y lento desarrollo industrial autónomo.

Aunque, sin duda, en los últimos años ha habido un crecimiento del Producto Interior Bruto de cada uno de estos países, su participación en el Producto Mundial Bruto es decreciente. Los países pobres, que agrupan a la mayoría de la población mundial, realizan una parte muy pequeña de la producción mundial. Por eso no pueden efectuar un proceso de acumulación de capital con el que encauzar su propio crecimiento material.

Las tres cuartas partes de la población del globo vive en los países pobres y contribuye sólo en un 20% al Producto Mundial Bruto, mientras que una cuarta parte de la población del globo vive en los países ricos y, sin embargo, contribuye en un 80% al Producto Mundial Bruto. En la relación capital-trabajo, en los países pobres los procesos productivos son intensivos en trabajo y escasos en capital, mientras que en los países ricos los procesos productivos son más escasos en trabajo y más intensivos en capital y tecnología. Y, con respecto al problema del hambre, la situación es grave, pues casi dos tercios de la población mundial vive en una situación de hambre crónica.

Y hay muchos otros problemas, además de los mencionados, como la carencia de cuadros dirigentes técnicamente formados. El conocido escritor y catedrático de Estructura Económica, José Luis San Pedro, ha escrito textualmente lo siguiente. Las gentes de los países avanzados, que sólo de vez en cuando se sienten cansadas y sin ganas de hacer nada, no suelen imaginarse lo que significa sentirse así durante toda la vida.

Estudios sobre los efectos del hambre han demostrado que ésta lleva a una creciente apatía y depresión emotiva. Aunque habría que añadir que estos problemas, que hasta ahora se han considerado sólo propios de los países pobres, también se observan con cierta frecuencia en los países llamados adelantados. Y en los países llamados adelantados hay zonas geográficas o subconjuntos poblacionales que presentan plenas características tercermundistas, con importantes mermas en la calidad de sus vidas.

Se han propuesto teorías climáticas, geográficas, históricas, demográficas o populacionistas, económicas y hasta racistas para explicar el atraso de estos países, algunas más disparatadas y otras más certeras. Pero en todo caso no existe una teoría unificada, ni posiblemente pueda ni deba existir para explicar el problema del atraso económico, porque hay que contemplar las circunstancias concretas de cada caso. La conclusión final es que en los países materialmente más atrasados sigue habiendo razones para la existencia de fuertes tensiones y todavía representan un problema de primer orden.

Pero sin duda sus problemas serán de difícil solución si no cuentan con el apoyo, la solidaridad y la comprensión internacionales. No debiendo olvidarse que la elevación del nivel material, si no va acompañada de una elevación educativa, cultural y espiritual, en cierta medida personalizada, no deja de constituir una nueva forma de la alienación a la que tradicionalmente estos países se han visto muchas veces relegados. Muchas gracias por la atención dispensada y buenas noches.

Y hasta aquí las dos horas y media de radio que la UNED les ha ofrecido. Mañana comenzaremos a nuestra hora habitual con el programa de formación del profesorado, a las 9.25, una hora menos, en la Comunidad Canaria Ingeniería Técnica de Informática. Continuaremos con la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y para acabar el curso de Acceso y la Hacienda Historia del Arte.

Nos despedimos, será hasta mañana. Gracias por su atención y buenas noches. Subtítulos por la comunidad de Amara.org